

LA EXTRAÑA FIGURA MORAL DEL PROFESIONAL UNIVERSITARIO

*Sr. Claudio Parra Álvarez.
Profesor de Filosofía
Doctor en Educación*

INTRODUCCIÓN

La educación tiene la capacidad de transformar al hombre. Pocas veces en la historia se ha podido formular una afirmación igual. Gracias a la educación el hombre se ha hecho dueño de su destino. Tenemos el deber de crecer y progresar. Claro está que el hombre no realizará esta tarea que significa modificar su manera de pensar, de ser y de vivir.

¿De qué carácter son los conflictos que vive el hombre en la época actual que lo imposibilitan para actuar acorde con los postulados de una moral auténtica, fieles al conjunto de todos los superiores valores? Necesario y urgente es averiguar si las causas de la crisis moral por la que atraviesa el hombre en la época actual, se encuentran en nosotros mismos o en nuestras instituciones. Sólo así, conociendo las causas que originan nuestros conflictos morales procederemos a actuar urgentemente en nuestra renovación.

Lo único que constituirá un motivo poderoso para no hacerlo será, sin lugar a dudas, nuestra propia desidia, nuestra personal negligencia. Afortunadamente, sabemos que la apatía moral o la desidia intelectual en las que se encuentra inmerso el hombre actual, no son de carácter hereditario. Podemos desarrollar a través de la educación todas nuestras disposiciones morales, pues tenemos a nuestro alcance todo el saber acumulado por las ciencias.

Es increíble cómo la moderna sociedad ha con-

tribuido a apagar los focos por los cuales emergen la luz de la cultura moral. ¿Es esto un daño irreversible? ¿Tenemos todavía valor; audacia para salir adelante? ¿Tenemos aún inteligencia y disciplina para sobreponernos a esta grave crisis que experimenta la moderna moralidad? Es difícil responder a problemas como éstos. El hombre actual valora el dinero por sobre muchas otras cosas más importantes. Y creo, firmemente que a pesar de encontrarnos solitarios y doloridos encerrados en esta espesa y enmarañada selva de nuestra crisis moral podríamos salir adelante, mas para ello, es preciso sufrir un poco, enfrentar heridos la crisis para lograr, luego de una ardua batalla, el orden y la paz, la serenidad y el dulce sosiego.

No podremos nunca hacer de este mundo o de esta sociedad, en la que vivimos un mundo armonioso y sano, si primero no cambiamos nuestra manera de pensar y valorar. La sociedad moderna desde sus orígenes, desde su más tierna infancia, ha carecido de los sólidos fundamentos de una moral cierta y firme. La moderna tecnología, por otra parte, no ha contribuido en la formación del hombre de acuerdo a las necesidades propias de su frágil naturaleza.

Debemos terminar, de una vez por todas, con este gran obstáculo que han convertido en realidades antagónicas a las propiedades de los objetos concretos y las singulares características espirituales de nosotros mismos.

¿De dónde provienen pues las motivaciones de nuestros múltiples dolores y padecimientos morales? ¿Cuáles son sus causas? ¿Cuáles son sus orígenes? Nuestros padecimientos morales provienen del error con que fue interpretada una idea genial de Galileo. Galileo Galilei estableció el siguiente hecho: nos dice que las cosas poseen dos cualidades, las primarias y las secundarias, es decir, separó lo cuantitativo de lo cualitativo. Las cualidades primarias tienen dimensiones y peso y las cualidades secundarias sólo forma, olor y color. Las primarias pueden medirse, las segundas no pueden medirse. Ahora bien, lo cuantitativo, expresado en lenguaje matemático, aportó la ciencia a la humanidad, lo cualitativo fue desdeñado. El olvido de las cualidades secundarias constituyó motivo de un grave error con sus lamentables consecuencias. Sin embargo, señoras y señores, en el hombre las cosas que no pueden medirse, son más importantes que las mensurables. ¡Qué error doloroso y lamentable ha sido éste, que ha permitido que el hombre moderno navegue náufrago y sin brújula en el mar tempestuoso del universo moral!

Pero basta de lamentaciones y continuemos avanzando en los senderos peligrosos de nuestra peculiar exposición.

Lo material fue aislado, fue separado definitivamente de lo espiritual. La anatomía del organismo humano adquiere un significado mucho mayor que el pensamiento, que el placer y el dolor, que la figura dorada y reverberante, plena de luz que es la belleza. Este error -digámoslo con toda la potencia de nuestra voz- permitió el triunfo de las ciencias de la materia inerte y, como es de suponer, el descuido por el conocimiento del hombre y su consecuente degradación moral.

Nos encontramos ahora oteando el horizonte en busca de nuevos senderos. Para ello, creo que es urgente impregnarnos del pensamiento, de la reflexión, de la emotividad siempre vigente en el antiguo Renacimiento. Debemos tener entonces, siempre presente esa pasión ilimitada que caracterizó a esta feliz época de la historia, por la observación empírica y por el desprecio intransable que experimentó por todas las concepciones frías y calculadoras de sus

grises pensadores.

Ellos, los renacentista, vivieron en armonía y paz, con las cualidades primarias y secundarias de las cosas, nosotros debemos hacer algo semejante e integrar con ello el espíritu a la materia, para que el alma adquiera tanto valor como el cuerpo. De tal suerte, todas las manifestaciones mentales dejarán de ser, al fin diferentes o distintas del cuerpo. De tal suerte la moral volverá a ser cultivada y practicada tanto por el rigor y la eficiencia de sus métodos como por su luz, su veracidad y su belleza. Tanto el principio como el fin de la moral redundará en beneficio material y espiritual de los hombres. El valor que posee la moral es indudablemente superior al valor que poseen las ciencias fácticas y humanas, pues ellas se deben a las reglas de oro que rigen la conducta del hombre y todos y cada uno de sus ininterrumpidos quehaceres.

Las acciones humanas -no debemos olvidarlo- surgen de disciplinadas decisiones morales, porque el hombre -como dice Aristóteles- quiere, anhela siempre para sí el bien.

¡Cuan difícil será liberarse de una forma de pensar que gobierna el mundo civilizado por más de trescientos años!

Lo cierto es que en el minuto de ahora cree en el derecho exclusivo de la existencia de lo cuantitativo y en la supremacía exclusiva de la materia sobre el espíritu. Nadie querrá renegar de su creencia, de los fundamentos, de su fe. Modificar esta forma de creer por otra distinta hará vacilar la raíz, la base de la Pedagogía, de la Medicina, de la Psicología y la Sociología. Si volviéramos a percibir el mundo como los antiguos precursores del Renacimiento se produciría un vuelco superlativo, una transformación extraña y extraordinaria: la materia perdería su supremacía. Las actividades de la mente se tornarían tan importantes como las del cuerpo. La moral, la estética, la religión serían tan indispensables como las actividades matemáticas, físicas o químicas. Los métodos usados por la educación actual parecerían absurdos. Las universidades por cierto, se verían obligadas a modificar sus planes y programas. Los gobernantes se verían obligados a contem-

piar la imagen dolorosa del hombre actual y en ellos percatarse definitivamente que estos hombres tienen pensamientos, tienen sentimientos, miedo, cólera y sufrimientos. Tendrán que reconocer que es preciso darle al hombre algo mucho más valioso que el trabajo y los alimentos, por que el hombre actual posee grandiosas necesidades espirituales que nunca nada ni nadie ha podido satisfacer.

En fin, habrá llegado la hora inminente que significa el tener que reconocer que la crisis del hombre moderno, no es sólo de carácter económica, sino y fundamentalmente moral e intelectual. ¿Por qué tenemos que aceptar las condiciones subhumanas que viven los hombres de las grandes ciudades? ¿Por qué tenemos que seguir soportando la tiranía de las fábricas y de las oficinas? ¿Por qué tenemos que admitir gratuitamente el sacrificio de la dignidad moral al puro interés económico?

¿Por qué tenemos que aceptar la supremacía del dinero por sobre el espíritu? La economía no podría seguir siendo por más tiempo la suprema razón y el supremo poder de todo. Liberar al hombre de su intensa fe en el materialismo, transformaría nuestra agria y penosa existencia, más plena, más íntegra, más feliz. La vida recuperaría su sentido fundamental.

Hace ya algunos años, en un pasado no muy remoto, el esfuerzo y la obra de algunos individuos aislados, hicieron posible el desarrollo de la religión, de la ciencia y de la educación. En innumerables universidades norteamericanas, hombres inteligentes y altamente inspirados, crearon fundaciones encargadas de difundir y multiplicar el conocimiento del hombre, de su espíritu y de sus aspectos esenciales. Grandes instituciones como la fundación Rockefeller, se ocuparon seriamente por el desarrollo de la educación, para mejorar la calidad del conocimiento científico, para fomentar la armonía y la paz entre las naciones, mejorar la calidad de la salud y el bienestar de todos. Hoy día es una responsabilidad imperativa de la Universidad y de los hombres y mujeres que en ella se forman.

Tenemos el deber, todos y cada uno de nosotros, de rescatar al hombre actual de su atrofia

intelectual y moral.

El materialismo brutal en el que vivimos! obnubila, impide el desarrollo de la inteligencia! y la moral, desprecia a los hombres afectivos}} sensibles, aísla a todos aquellos que aman con intensidad la verdad, la belleza y el bien relega al país del olvido a todos aquellos que buscan algo más importante que las vulgaridades de la época actual y el dinero...

Tenemos que romper las cadenas y librar al hombre del mundo creado por físicos y todos los cultores de la materia inerte. Es este mundo demasiado estrecho para los individuos cultores de los secretos del humano espíritu. Estos hombres pertenecen a un universo distinto, a un universo que se encuentra oculto y silencioso en el interior de cada uno de ellos que se proyecta más allá del espacio y del tiempo. Desde este universo puede volar por cielos infinitos de la belleza que nutre, que; menta las potencias interiores del sabio, de los artistas y de los poetas, pueden elevarse hasta las alturas insondables del amor, que los inspira a confundirse con el heroísmo y renunciación. Pueden alcanzar la gracia que recompensa a todos los que buscan con indomable ardor el principio de las cosas. Esta detener, entre muchas otras, las superiores misiones de la universidad. Nuestro destino se encuentra hoy, pues, en nuestras manos. Masantes de iniciar la exposición y análisis de un tema intrincado como éste, dibujaré, grosso modo a grandes rasgos, la extraña figura moral de actual profesional universitario.

Es inevitable, porque sólo en el contexto histórico del momento en el cual estamos insertos en el contexto histórico en el que actualmente somos, nos movemos, y actuamos, estamos en condiciones de perfilar a grandes rasgos, la extraña figura moral del actual profesional universitario, quien perdido en oscuro horizontes, dolorido, desnudo, se debate en el seno de un mundo complejo y contradictorio como un pájaro con el plomo hendido en el ala

Vivimos, en la hora de ahora, sumergidos inmersos, en los terrenos cenagosos de una formidable crisis histórica. La crisis histórica en medio de la cual se desenvuelve nuestro

HORIZONTES EDUCACIONALES

existencia, consiste en un gran cambio que el mundo ha experimentado. ¿En qué consiste este cambio del mundo vivenciado por el hombre actual? Consiste en que el hombre pierde su fe en las creencias y convicciones que gobernaron la vida de sus antecesores, la vida de las generaciones anteriores. Por esta razón, sencilla de enunciar, pero difícil de comprender, el hombre se queda sin aquellas convicciones, sin aquellas creencias y por causa de este remecedor cambio experimentado por el hombre en la historia, el hombre se queda sin mundo, sin los medios que le permitan orientar su quehacer en el mundo. El hombre, entonces, no sabe qué hacer, no sabe qué cosas debe pensar acerca del mundo. El cambio de mundo, consiste en que el mundo en el que vivían se ha venido abajo, se ha desmoronado, y por lo mismo, no se sabe qué pensar de nuevo. Sólo se sabe con certeza una cosa, que las convicciones tradicionales han adquirido un rostro falso y un espíritu inadmisibles. Se siente, por ejemplo, un extraño sentimiento de menosprecio por casi todo lo que se creía ayer. Como el sistema de creencias y convicciones consistía en ser el terreno firme en el cual caminaba el hombre con cierta tranquilidad y sosiego y ahora se carece de esta base, de este fundamento, el hombre comienza a sentirse perdido, azorado, sin orientación. Vive la vida sin fe, sin pleno convencimiento, por eso, se finge a sí mismo estar convencido de esto o de lo otro. En las épocas de crisis son muy frecuentes las posiciones falsas, fingidas y mentirosas. Se comprometen, por ejemplo, sin estar convencido de ello, con ciertos estilos de vida, con doctrinas, con movimientos políticos, pero sin estar convencidos, intentando, con plena y absoluta insensibilidad, llenar el hueco vacío de sus vidas que les exige auténticas convicciones. No se siente cierto ni seguro acerca de ninguna cosa importante, esta situación le impide actuar con precisión, con energía, con confianza y entusiasmo sincero. Vive como un fantasma, piensa y siente como un espectro, por eso su vida es una triste realidad vacía, inconsistente, hueca e inane. Se transforma en un escéptico y le angustia intensamente el sentirse perdido. En innumerables situaciones sentirá impotencia, depresión, ansiedad por el vacío de su vida. Experimentará intensos deseos de entregarse brutalmente al goce tremebundo de lujo, el po-

der y la carne. Otros, en cambio, muchos otros viven prisioneros de la amargura, la frustración y la resignación.

La técnica y la Universidad, estas dos maravillosas categorías sociales han contribuido considerablemente a la formación de un tipo especial de hombre; no cabe dudas que la técnica y la universidad en conjunto han engendrado al profesional universitario, tanto en un sentido cuantitativo, como en un sentido cualitativo de esta expresión. El profesional no es, de modo alguno, una clase social más, perteneciente al mundo social en que vivimos, es un modo particular de ser del hombre actual, que surge de todas las clases sociales y que representa con mucha fidelidad al espíritu de nuestra época.

¿Quién ejerce hoy el poder social? ¿Quién impone la estructura de su espíritu en nuestra época? Sin duda, la burguesía. ¿Y quién dentro de esta burguesía, es considerado como el modelo de hombre ideal del mundo presente? Sin lugar a dudas, el ingeniero, el médico, el economista, el profesor, etc.

¿Quién dentro de este formidable grupo humano representa con mayor exactitud al hombre medio de nuestra época? No cabe la menor duda que este prototipo de hombre actual, está conformado por el conjunto de hombres que designamos con el nombre de profesionales.

El profesional es la cima de la humanidad del mundo presente. Es de relevante importancia entender que el profesional universitario actual es el prototipo del hombre masa. Esto no es casual, esto no es un defecto personal de cada hombre profesional, es la ciencia misma, raíz de la civilización, la que ha engendrado al hombre masa de la sociedad contemporánea.

Entiéndase por hombre masa al tipo de hombre medio de nuestra época, que es un profundo conocedor del oficio técnico que practica, pero al mismo tiempo es un ignorante respecto del conocimiento de otras cosas ajenas a su oficio.

Yo tengo profundamente en claro la idea de que el hombre moderno necesita especialización para obtener el desarrollo eficiente del mundo

HORIZONTES EDUCACIONALES

en que vivimos. Según van pasando los años, los especialistas, han ido reduciendo y empequeñeciendo el campo de su ocupación intelectual, que es cada vez más estrecho. Si esto es importante saber, más importante es tener clara conciencia que por causa de la reducción de la órbita de trabajo del especialista, este va lenta pero progresivamente perdiendo contacto con las demás partes del mundo y del saber.

La especialización, hoy en manos de la universidad, comenzó con la creación del hombre enciclopédico, el siglo XIX se caracteriza por la aparición de individuos dotados enciclopédicamente.

La especialización, se ubica dentro del hombre medio de nuestra época y comienza a desalojar la cultura integral que éste poseía o debía poseer; el especialista es conocedor de una ciencia determinada y de esta ciencia determinada sólo conoce una porción y declara innecesario el cultivo del conjunto del saber.

Hay un hecho importante que no podemos dejar de denunciar, la ciencia experimental ha progresado gracias al esfuerzo de un conjunto de hombres medios, la educación y la cultura no cohabitan en él, y el mayor peligro que esto representa ha sido y es la presencia de la mecanización.

Una buena parte de la tarea que realizan los profesionales universitarios, sean en Física o en Economía, es parte de un trabajo mecánico del pensamiento que puede ser ejecutado por cualquiera.

En el transcurso del siglo XX, el especialista se hiergue dotado de mayor poder social y como un modelo fiel o un representante de la mediocridad propia de nuestra época, es un hombre que de todo lo que hay que saber, que conoce sólo una dimensión determinada, fragmentada y empequeñecida, respecto de todo lo que un hombre real y efectivamente culto debería saber.

Ortega y Gasset en su obra "La Rebelión de las Masas" dice al respecto: "porque conviene recalcar la extravagancia de este hecho innegable, el progreso se debe en buena parte mer-

ced al trabajo de hombres fabulosamente idiotas". Esto quiere decir que la institución encargada de formar profesionales, esta universidad, acoge dentro de sí al hombre idiota, y lo prepara para operar con éxito el mur social vigente. Cada profesional labora en el neficio del progreso enclaustrado dentro de su propia celdilla, como la abeja dentro de su propio panal. Parece ciertamente justificable, que a pesar de nuestras críticas, el hombre profesional es un hombre que sabe, y en efecto, él conoce un pedazo de algo, que junto a otros pedazos no existentes en él, forman verdaderamente el saber. El especialista sabe muy bien su minúsculo rincón del universo, pero ignora de raíz todo el resto.

¿Cuál es el comportamiento del especialista?; No es indudablemente un comportamiento sabio, porque ignora todo aquello que no pertenece a su especialidad, pero tampoco es un ignorante, porque conoce muy bien su porción de universo, es entonces un sabio - ignorante que se comporta ante las cuestiones que ignora, no como un ignorante, sino con toda petulancia de un sabio...

La universidad, al formar al especialista, ha convertido al estudiante en un hombre hermético y satisfecho dentro de sus limitaciones, resultado de todo esto se verá en su comportamiento como un hombre masa, en casi todas las esferas de la vida: Arte, Religión, Filosofía y Ciencias en general.

Estoy exponiendo una advertencia que no es en modo alguno vaga, el que quiera puede observar la superficialidad de sus pensamientos de sus actuaciones, en arte, religión, política, en economía y en los problemas importantes en la vida del hombre. Esto es, claro está una forma, como el médico, el ingeniero, el financiero, el economista, o el profesor actúan hoy, caracterizando con su comportamiento lo que es más significativo y singular del hombre medio, del hombre masa.

Ellos son los responsables de la desmoralización que padece hoy el mundo atroz en el cual vivimos ¿Cómo se manifiesta en el mundo del conocimiento, de las ideas, de los conceptos, de los razonamientos, de la fe, de las creen-

cias y convicciones? ¿Cómo se manifiesta la carencia de un correcto comportamiento moral frente a sí mismo, frente a sus semejantes y frente al mundo de un profesional, del mundo contemporáneo? ¿Cuál es la tarea que le corresponde cumplir a la universidad para formar profesionales en un sistema de ideas y creencias claras y distintas?

Es curioso, como el profesional universitario no posee ideas y conceptos claros respecto de las cosas más importantes de la vida. Porque ya lo hemos dicho, de nuestros pensamientos dependerán las resoluciones que este hombre tome, su conducta, el fundamento de su vida moral. Es preciso que la universidad le permita al profesional universitario el manejo de un conjunto de verdades que real y efectivamente le pertenezcan y que no parezcan como el ejercicio de la pura memorización y del manejo mecanizado de innumerables instrumentos que colaboran en su quehacer. Es preciso pues, que el profesional universitario posea un conjunto de opiniones, además del dominio de su técnica, pero que sean verdaderamente suyas. Que él las haya adoptado porque está plenamente convencido de ellas y por sobre todo, porque lo ha pensado desde su raíz, motivadas por evidencias incontrastables. El profesional universitario tiene que aprender a analizar por sí solo las respuestas de los problemas de la existencia le plantean. Sólo quedándose aislado y solitario con ellas, él se formará una auténtica convicción. Que quede esto perfectamente en claro, tener una opinión acerca de lo que es una cosa, es en el fondo, saber qué hacer con ella. La tarea o la misión de la Universidad respecto de estas materias, consiste en proporcionarles a sus profesionales los mecanismos más precisos y rigurosos que le permitan ejercitar íntegramente su razón. Sólo de esta manera, pensando de esta forma, el profesional coincide consigo mismo, sólo entonces su vida extraviada y caótica podrá adquirir el sello auténtico de una existencia carente de mentiras. El hombre que nosotros llamamos aquí, el profesional universitario, está moralmente obligado a ensimismarse, antes de actuar, antes de opinar, antes de hacer cualquier cosa, debe detenerse en sí mismo y ponerse riguroso consigo mismo, para saber cuál es, en último término, la opinión verdaderamente suya.

¿Quieren Uds., decirme, qué realidad tiene un pensamiento que yo no pienso, sin pensarlo yo efectivamente? Cuando mecánicamente digo algo que mecánicamente se me ha enseñado, sin tener yo la visión clara, la evidencia que es realmente así, yo no he vivido ese pensamiento, yo he anulado mi real vivir.

¿Es la cultura un ornato, un artículo suntuario, algo de lo que podemos prescindir porque ser innecesario, superfluo? El hombre es una realidad extraña y compleja, necesita de un sistema de ideas claras y firmes que le permita tener una concepción de sí mismo, del universo, de las cosas y de los demás hombres. El hombre prescinde de este sistema de ideas, se pierde en el mundo, se extravía dentro de sí mismo. Todo lo que el hombre hace mientras vive depende de sus ideas. La vida humana es inconcebible si carece de ellas, por eso, con toda propiedad podemos afirmar: **hombre es el conjunto de sus ideas**. La cultura o sistema de ideas claras y firmes, es una positiva concepción que el hombre tiene de sí mismo, de las cosas, del mundo y de los demás hombres, que le proporcionan los despejados caminos por los cuales tendrá que transitar su existencia -selva enmarañada, áspera y oscura- a riesgo de perderse, de sufrir las heridas que nuestro contacto con los inexorables problemas nos producen.

Pues bien, no existe otra alternativa: si queremos tener buenos profesionales deben ser éstos, sin excusa, hombres cultos. Una afirmación como esta no pretende expresar, en modo alguno, que la formación humana del profesional, mediante la cultura general consista en que éste reciba tan sólo algunas nociones educativas, vagas o algunos conceptos ornamentales que rocen superficialmente la dermis de su carácter y de su accionar. En la Edad Media, época en que nace la universidad, ésta no se dedica exclusivamente a la investigación y, a decir verdad, de la formación profesional se dedica muy poco, a lo que se dedica intensamente es a la cultura en general entendida como sistema de ideas sobre el mundo y la humanidad, es decir, como un sistema de ideas encargado de orientar con acierto la humana existencia.

La Universidad ha problematizado considerable-

HORIZONTES EDUCACIONALES

mente la formación humana del profesional, pues al incorporar la investigación y con ella la necesidad de la especialización, ha restado importancia, o mejor dicho, ha reducido a su expresión más mínima la enseñanza de la cultura. Esto ha traído como consecuencia la formación envilecida del profesional, la atrocidad funesta de su incultura. Lo que significa que el profesional actual carece del sistema de ideas indispensables para interpretar el mundo y el hombre. Eficiente como especialista, ignora de raíz el resto del mundo.

¿Quién puede dudar que la sociedad necesita profesionales eficientes? Entre otras cosas, la universidad se encuentra aquí para cumplir con esta tarea, así también para cultivar la capacidad, el talento que el profesional debe tener para ejercer positivo influjo en el cuerpo social. Aparte de especificar tarea, por el carácter mismo de su renovada formación, el profesional debe influir en el destino individual y colectivo de las aspiraciones y realizaciones sociales. Pero este es un tema que, por su singular relevancia, no puede ser tratado aquí.

La Universidad considera admisible otorgar un título profesional de médico, de abogado, de ingeniero, aun cuando estos profesionales posean una paupérrima cultura humana. Ignoran la idea física del mundo, o la idea histórica del proceso evolutivo de la especie humana, o el plano filosófico. En realidad, es superlativamente increíble que un profesional formado con tan profundas y radicales deficiencias humanas pueda ser de hecho un buen profesional. Por eso, presenciamos hoy un espectáculo tan triste como grotesco: el de la singular ceguera intelectual con la que se comporta el hombre cuando sabe mucho de algo e ignora todas las otras cosas. El especialismo ha reducido a pedazos y fracciones inconexas al hombre actual, por lo que el hombre entero, como tal, no está nunca presente donde los especialistas pretenden que esté.

Para reconstruir al hombre contemporáneo que, por sí solo, es incapaz de realizar esta enorme tarea, creemos que no existe otro medio para recomenzar a formar al profesional en forma integral, a través de un esfuerzo urgente e impostergable. Esta faena, por su proporción y

complejidad, se la asignamos a la Universidad. El conocimiento ha alcanzado grandes alturas, hasta el punto de convertirse en una gigante cordillera de saberes. Es imposible que el profesional sea capaz de asimilarlo todo. No es extraño entonces, que la Universidad fracase en su intento de enseñarle porciones reducidas y superficiales de saberes. No se puede partir del principio de lo que la Universidad debería humanamente enseñarle al profesional sino lo que el profesional puede realmente aprender. Si la capacidad de aprender del joven que se forma como profesional fuera ilimitada en el tiempo, no tendría sentido adscribirlo a un plan de estudios universitario; es más el tipo de existencia humana que es el profesional, no tendría razón de ser.

Ya lo hemos dicho, el conocimiento prolifera en forma acelerada, casi incontenible, por lo que a cada nueva generación le es cada vez más problemático -por qué no decirlo- imposible hacerse cargo de él.

Por tal razón, el aprendiz de profesional no puede aprender todo lo que habría de enseñarle. Si a ello tenemos que añadir la enseñanza de la cultura, entonces sólo nos queda un camino, el que las universidades inicien ya una poda inexorable del frondoso bosque del conocimiento.

¿Esta poda, qué nos sugiere? Por pronto, disminuir el monto de las materias a enseñar. Pero, ¿Cómo seleccionar las materias que han de ser las formadoras del profesional? Dejando aquellas que son necesarias para la vida del joven que aspira ser profesional y formarlo en aquellas materias que es capaz de aprender con amplitud y profundidad.

No debemos olvidar esto: debemos formar al profesional culto, ubicado a las alturas de los tiempos; esta tarea será obra de la Universidad. Ella será la encargada de proporcionarle el conocimiento de las grandes disciplinas culturales. Primero, la imagen física del mundo; segundo, los fundamentos de la vida orgánica; tercero, el proceso histórico de la especie humana; cuarto, la estructura y funcionamiento de la vida social y quinto, el plano del universo. (Filosofía)

Estas cinco ciencias formarán al profesional culto, pero no se piensa que para ser conocedor de ellas hay que ser especialista en ellas. De tal manera, la física de la cultura o la imagen física del mundo, es la síntesis de la figura y del funcionamiento del cosmos material. Comprende, además, el modo de conocimiento que emplea el físico para arribar a su construcción, los principios de la física y evolución histórica. Todo ello expuesto sin tecnicismos ininteligibles, mediante una síntesis humanizada dirigida al futuro profesional con el mayor vigor y claridad, susceptible de fortalecer las ocultas potencias del hombre: la razón, la vida afectiva, la voluntad y, por cierto, su vida y su comportamiento moral.

Se trata, pues de sacudir con esfuerzo el árbol del conocimiento, para que en él se quede lo estrictamente necesario. Esto permitirá enseñar más eficazmente, en menor tiempo y con mucho menos esfuerzo.

Estamos empeñados en la idea de formar al profesional en la concentración del saber sintético y la simplificación rigurosa y humanizada, perfectamente manejable de los conocimientos, en que se debe formar el talento específicamente sintetizadores.

La formación del profesional está estrechamente relacionada, por cierto, con la calidad de educación que reciba, pero la formación de un buen maestro depende, fundamentalmente, de la fuerza propia de su disciplina interior. Debe el profesional habituarse al uso del pensamiento lógico, así como al manejo correcto del lenguaje matemático, como al metódico y sistemático estudio de las humanidades y de la ciencia. Si frecuenta la amistad de hombres inteligentes y estudiosos, si concurre con regularidad a bibliotecas, si se convierte en asiduo lector reflexivo de libros y revistas excelentes, desarrollará su inteligencia y crecerá su corazón. Aunque su ambiente social sea intelectualmente pobre, podrá sumar, a la cultura recibida de la universidad, vastos y sólidos conocimientos superiores. Como podemos apreciar, la formación intelectual del profesional puede ser relativamente fácil si sólo vive bajo el influjo de una depurada y exigente disciplina interna. Lamentablemente no ocurre lo mismo si queremos pro-

porcionarle al futuro profesional un elevado desarrollo de sus facultades morales, estéticas y religiosas. La moralidad, el arte y la religiosidad parecen no ser susceptibles de ser aprendidas a través de cursos sistemáticos. Sentir y saber son realidades ontológicas muy distintas una de otra. La bondad o la justicia, la belleza y la elevación mística, se convierten en parte de nosotros -según parece- sólo si se encuentran presentes en el ambiente en que vivimos y las respiramos como el aire de nuestra atmósfera.

La formación moral del futuro profesional, es urgente. Dicha formación no ha sido tomada suficientemente en cuenta y en serio por las instituciones encargadas de llevar a cabo tan delicada tarea. Una conducta moral es equivalente a la actitud que el hombre posee para imponerse a sí mismo reglas orientadas a la realización del bien; para erradicar de su alma su propio egoísmo y su maldad. **El sentido moral es una capacidad que en estado virtual permanece en el hombre y que, por lo mismo constituye su atmósfera, haciéndose presente en todas las épocas. Surge el sentido moral estrechamente unido a la inteligencia, así como al sentido estético, y lo religioso. Nos permite discernir entre el bien y el mal, entre lo bueno y lo malo.**

Arturo Schopenhauer, presentó a la Real Sociedad de Ciencias de Copenhague su ensayo sobre los Fundamentos de la Ética. En este ensayo, el filósofo sostiene la tesis que el principio moral tiene su base en nuestra propia naturaleza. En otras palabras, los hombres poseen inclinaciones innatas a la piedad, a la avaricia o a la traición. Estas tendencias pueden ser estudiadas por cualquier observador disciplinado, tanto más, cuando se manifiestan tempranamente en la vida humana. Existen hoy, en el mundo demasiadas personas egoístas, que viven completamente indiferentes a la felicidad o desdicha de sus semejantes. Hay malvados que parecen gozar contemplando el dolor de los demás. Pero hay otros hombres que sufren con los padecimientos del ser humano como si fuesen sus propios padecimientos. Esta forma de sentir, esta solidaridad experimentada en el pensamiento y en la acción respecto de los dolores y la miseria de los demás, en-

genera la bondad, el amor y las realizaciones y esperanzas inspiradas en estas nobles virtudes. **Un profesional incapaz de sentir como suyo el sufrimiento de sus semejantes, es un profesional mutilado. Por eso, la capacidad de sentir como suyo el dolor debe además constituir una de las características fundamentales del profesional, si en realidad, de verdad, está interesado en aliviar los pesares y las angustias de la existencia de sus semejantes.**

A través de la educación, la disciplina y la fuerza de voluntad podríamos educar el sentido moral del profesional universitario, así como hemos cultivado el desarrollo moral de su inteligencia.

El sentido estético también debe ser cultivado en el espíritu del futuro profesional, para capacitarlo en la contemplación de la belleza, **porque la belleza es fuente inagotable de alegría, tanto para el que la crea, como para el que la contempla.** Debe el futuro profesional esforzarse en desarrollar aquellas disciplinas que formarán con armonía su cuerpo, así como su espíritu. La belleza de la juventud posee naturalmente los rasgos de su rostro; al convertirnos en hombres maduros, la belleza de su rostro procederá de la estructura ideal de su alma, de las buenas acciones, de la calidad de nuestras reflexiones, de las horas dedicadas con esfuerzo y amor al estudio, de las alegrías o las tristezas, de la forma o la manera como percibimos los estímulos que provienen tanto del mundo interior como exterior del hombre, trazan una huella imborrable tanto en nuestra alma como en nuestro cuerpo. El futuro profesional debe aprender apropiarse, para su propio crecimiento como Pasteur, como en el ocultamiento del sol al atardecer o en la furia estremecedora de las tormentas marinas en los días grises de los inviernos severos. Pero la belleza que puede enriquecer al futuro profesional puede ser más grande aún, más grande que la creación de los pintores, de los músicos y de los poetas, me refiero al silencioso sacrificio del Hijo del Hombre que da su vida por la salvación de los demás. Aquí, por cierto, la belleza adquiere un carácter esplendido, sublime y requiere de una formidable fuerza interior, de la luz espiritual, del amor divino, de la paz inefa-

ble. Mediante el conocimiento de esta experiencia moral sobrehumana, el futuro profesional puede alcanzar el conocimiento de la verdad final, es decir, de Dios.

Un espíritu construido así, sobre la base de tan sólidos elementos, le permitirá al profesional viajar por senderos infinitos y conocer el valor absoluto de la Belleza, del quehacer y la obra del sabio y del artista. Del amor encarnado en la vida, que aspira el heroísmo y la renunciación. De la Gracia Suprema, que siempre recompensa al que busca con pasión, el principio de todas las cosas.

Este es el universo que concebimos para el que ha de ser profesional universitario, en él a lamos que el profesional sea éste; piense, crezca y actúe. No podemos dejar de hablar de la vocación del profesional en el presente trabajo. La vocación del profesional, en una de sus características más esenciales, consiste en hacer del trabajo intelectual su ocupación fundamental, ya sea que dediquen todo su tiempo al estudio, es decir, reserven un tiempo al cultivo profundo del espíritu.

Una vocación como la del profesional no det satisfacerse con lecturas vagas y pequeños trabajos aislados. Se trata de otra cosa, de penetración y continuidad, de esfuerzo metódico, vista de una plenitud que responda al llamado del espíritu. El profesional debe estar siempre abierto al conocimiento y convencido que éste exige un esfuerzo mental paciente, amplio constante.

La vida intelectual es austera e impone pesadas obligaciones. Ella, al final, compensa, pero exige colocarse a tono, de lo cual pocos se capaces. Los atletas de la inteligencia, como los del deporte, tienen que aceptar las privaciones y los largos entrenamientos, necesitan gran tenacidad, una profunda paciencia, una disciplina organizada, inteligente y equilibrio.

A pesar de todo, el profesional no necesita de facultades extraordinarias para realizar su obra un esfuerzo inteligente, calificado, es suficiente; la satisfacción de muchas necesidades intelectuales es provisto por la energía y las sabias aplicaciones.

HORIZONTES EDUCACIONALES

La disciplina del oficio profesional es una enérgica escuela, es provechosa para los ociosos estudiosos. El amor por el oficio, es decir, la vocación, la permitirá una mayor concentración, aprenderá a apreciar el valor del tiempo; de esas horas -como dice Ortega- que si no se ocupan de una actividad creadora "son horas perdidas que van al matadero de las horas muertas". Cumplido el deber, volverá a reunirse con el ideal y el profesional gozará de un descanso de la tarea elegida, después de la acción impuesta por la dura existencia.

El desgaste y el tiempo perdido por el profesional universitario, estaría mucho mejor empleado en concurrir a una biblioteca, en un viaje instructivo, en vacaciones reconfortantes, en oír audiciones musicales que dan sosiego y refrescan la inspiración.

El profesional que se entrega a la vida intelectual está calificado por su singular deseo de saber que lo persigue constantemente. Este deseo del saber califica su inteligencia como una potencia de vida. Sin embargo, la verdad y la sabiduría llegan a los que la aman, a quienes se someten a ella y este amor no existe sin virtud y disciplina.

Es muy fácil que el profesional ceda a la tentación de instruirse solamente, pero no formarse. Formación es algo más permanente; mientras que la instrucción puede variar y, muchas veces, cambia totalmente con los avances y progresos de la cultura.

Formarse equivale a desarrollar una determinada actitud o habilidad en lo físico, en lo moral y en lo intelectual. En estos aspectos, que es lo

que nos interesa aquí, la formación del profesional se nos presenta como una actividad productiva de la inteligencia. Exige simultáneamente, por parte del profesional, una cooperación activa y libre, fruto de la virtud de la estudiosidad. Actividad que puede ocupar la vida entera del profesional como tarea personal y que hacer pensante.

La actividad productiva del profesional, hace que este sea lo que debe ser, un sabio en su especialidad que, además de sabio, debe poseer un conjunto de criterios y actitudes frente a la vida.

Ello nos impulsa a considerar, en primer término, la unidad que cada profesional debe consumir en sí mismo. Esta unidad del profesional abocada al saber, al saber totalmente unificado, resume la quinta esencia de la cultura.

En realidad, unificar al profesional es consumir su perfeccionamiento, es poner en acto todas sus posibilidades humanas: intelectuales, emocionales, evolutivas, orgánicas y, por sobre todo, morales.

Adquirir cultura es aprender a vivir, es, pasar y repasar la vida, por los libros, por la reflexión; es multiplicar las tareas que agilizan la mente, que infunden gérmenes nuevos; es conocer, pensamiento en perspectiva; he aquí el gran secreto. Por eso el verdadero profesional no ha de temer a la esterilidad; basta que un árbol sea árbol para que dé semillas. Los resultados a veces llegan tarde, pero llegan: ésta debe ser su sola finalidad. "Si no abandonas la oración a la verdad, darás frutos útiles y alcanzarás lo que deseas".